

"SI NO QUIEREN  
SABER LA VERDAD,  
QUE NO ME  
BUSQUEN"



Santa Teresita

Número 557

TERCER MILENIO

Editado

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos  
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

**Vamos a hablar de las pruebas morales más duras que debieron sufrir los mártires, fueran hombres o mujeres, nobles o plebeyos, ricos o pobres. Es difícil describir los sufrimientos de aquellos que se veían en la alternativa de mantenerse fieles a Cristo o de ceder a los reclamos de la propia familia.**

### INCOMPENSIÓN PATERNAL.

Poco después del año 200, Perpetua, la célebre mártir de Cartago, escribe de su propia mano la primera parte de su Pasión, relatando las pruebas terribles que por parte de su padre tuvo que pasar antes de morir martirizada.

A penas detenida, fue visitada por su

padre: "Se esforzaba por apartarme de mi designio por el amor que me profesaba. «Padre, le dije, ¿ves este vaso que hay en el suelo?» «Sí, lo veo». «¿Podrías tú darle otro nombre que el de vaso?» «No, no podría». «Pues de igual modo yo tampoco puedo llamarme otra cosa que cristiana». Mi padre, irritado por mis palabras, se arrojó sobre mí para arrancarme los ojos; pero sólo me hizo algún daño y se fue".

Ella y sus compañeras fueron encerradas en la prisión de Cartago, donde podían ser visitadas a veces por sus padres. "Yo, sigue escribiendo Perpetua, daba entonces el pecho a mi niño, medio muerto de hambre, e inquieta hablaba de él a mi madre, consolaba a mi hermano y a todos recomendaba a mi hijo. Estas preocupaciones me duraron algunos días, y al fin conseguí que se me dejase tener conmigo a mi hijo en la cárcel. Enseguida recobré fuerzas, cesó la inquietud que él me ocasionaba y la prisión se convirtió en un lugar de delicias, que yo prefería a cualquier otro".

Pasaron así algunos días, y "se divulgó el rumor de que íbamos a ser interrogados. Mi padre llegó de la

ciudad, abrumado de dolor, y subió a donde yo estaba, esperando persuadirme". «Hija mía, ten compasión de mis cabellos blancos, ten compasión de tu padre, si es que aún soy digno de este nombre. Acuérdate de que mis manos te alimentaron, de que gracias a mis cuidados has llegado a la flor de la juventud, de que te he preferido a todos tus hermanos, y no me hagas blanco de las burlas de los hombres. Piensa en tus hermanos, en tu madre, en tu tía; piensa en tu hijo, que sin ti no podrá vivir. Desiste de tu

determinación, que nos perdería a todos. Ninguno de nosotros se atreverá a levantar la voz si tú eres condenada al suplicio».

"Así hablaba mi padre,

llevado de su afecto hacia mí. Se arrojaba a mis pies, derramaba lágrimas y me llamaba no ya "hija mía", sino "señora mía". Y yo me compadecía de los cabellos blancos de mi padre, el único de mi familia que no había de alegrarse de mis dolores. Yo le tranquilicé diciéndole: «En el camino del tribunal pasará lo que Dios quiera, porque no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Dios». Él se alejó de mí tristísimo".

### LA HORA DE LA VERDAD.

"Cuando me llegó el turno de ser interrogada, apareció de pronto mi padre con mi hijo en los brazos. Me llamó aparte y me dijo con voz suplicante: «Ten compasión de tu hijo». Y el procurador Hilariano, que había recibido el derecho de espada en lugar del difunto procónsul Minucio Timiniano, me dijo: «Compadécete de los cabellos blancos de tu padre y de la infancia de tu hijo. Sacrifica por la salud de los emperadores». Yo le respondí: «No sacrifico». Hilariano preguntó: «¿Eres cristiana?». Respondí: «Sí, soy cristiana». Y como mi padre siguiera allí para hacerme ceder, Hilariano mandó que lo echasen y le golpearon con una



vara. Sentí el golpe como si yo misma lo hubiera recibido: ¡tanta pena me daba la infeliz ancianidad de mi padre! Entonces el juez pronunció la sentencia que nos condenaba a todos a las fieras, y volvimos alegres a la cárcel”.

“Como mi hijo estaba acostumbrado a que yo le diese el pecho y a estar conmigo en la cárcel, inmediatamente envié al diácono Pomponio a pedírselo a mi padre. Pero mi padre no quiso dárselo. Tuvo Dios a bien que el niño no volviese a pedir el pecho y que yo no fuera molestada por mi leche, de manera que me quedé sin inquietud y sin dolor”.

### **NUEVOS INTENTOS.**

Aún Perpetua ha de verse probada de nuevo por los suyos. “Como se acercaba el día del espectáculo, vino a verme mi padre, consumido de angustia. Se tiraba la barba, se arrojó al suelo y hundía la frente en el polvo, maldiciendo la edad a que había llegado y diciendo palabras capaces de conmover a cualquier persona. Yo estaba tristísima, pensando en tan desventurada ancianidad”.

“Tales son mis sucesos hasta el día antes del combate. Lo que en el mismo combate suceda, si alguno quiere, que lo escriba”. En efecto, lo escribió Sáturo, y por él sabemos que una de las últimas palabras de Perpetua fue para su familia. Estando ya en pie, en el anfiteatro, esperando a la muerte, llamó a su hermano, y cuando este llegó acompañado de otro cristiano, les dijo: “Permaneced firmes en la fe, amaos los unos a los otros, y no os escandalicéis de mis padecimientos”.

### **ABRAZOS TENTADORES.**

¡Cuántos mártires, como Perpetua, tuvieron en sus familiares su más atroz tormento! Y también, como dice San Agustín, “¡cuántos fieles, a la hora de confesar a Cristo, flaquearon por causa de los abrazos de sus parientes!” (Sermón 284). Por el contrario, otro ejemplo impresionante de fidelidad nos viene dado por el mártir San Ireneo, joven obispo de Sirmio, que a principios del siglo IV sufrió el martirio bajo Probo, gobernador de Panonia, en esta región evangelizada hacía poco.

Compareció Ireneo ante Probo, que para hacerle abjurar lo sometió a tortura. “Llegaron sus familiares, y al verlo en el tormento, le suplicaban, y sus hijos, abrazándole los pies, le decían: «¡Padre, compadécete de ti y de nosotros!» Su mujer le rogaba, llorando. Todos sus parientes lloraban y se dolían sobre él, gemían los criados de la casa, gritaban los vecinos y se lamentaban los amigos y, como formando un coro, le decían: «¡Ten compasión de tu juventud!».

“Pero él, manteniendo fija su alma en aquella sentencia del Señor: «Si alguno me negare ante los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos», los dominaba a todos y no respondía a ninguno, pues tenía prisa en que se cumpliera la esperanza de su vocación de mártir”.

“El prefecto Probo le dijo: «¿Qué dices a todo esto? Reflexiona. Que las lágrimas de tantos dobleguen tu locura. Mirando por tu juventud, ¡sacrifica a los dio-

ses!» Ireneo respondió: «Lo que tengo que hacer para mirar por mi juventud es precisamente no sacrificar». Quedó, entonces, en la cárcel donde por muchos días fue sometido a diversas penas”.

“Después de un tiempo, a medianoche, sentado en su tribunal, el presidente Probo hizo traer al beatísimo mártir Ireneo y le dijo: «Sacrifica por fin, Ireneo, y te ahorrarás penas [...]. Ahórrate la muerte. Que te basten ya los tormentos que has sufrido». Todo fue inútil ante la firmeza del mártir, y Probo intentó hacer vibrar sus fibras afectivas más íntimas:

«¿Tienes esposa?» «No la tengo». «Tienes hijos?» «No los tengo». «Tienes parientes?» «No». «¿Quiénes eran, entonces, todos aquellos que lloraban en la sesión anterior?» Ireneo respondió: «Mi Señor Jesucristo ha dicho: El que ama a su padre o a su madre o a su esposa o a sus hijos o a sus hermanos o a sus parientes más que a Mí, no es digno de Mí». Y elevando los ojos al cielo, fijó su mente en aquellas promesas y todo lo despreció, confesando no tener pariente alguno sino a Él”. «Sacrifica siquiera por amor a ellos». Respondió Ireneo: «Mis hijos tienen el mismo Dios que yo, que puede salvarlos. Tú haz lo que te han mandado hacer». Con los ojos fijos en el cielo, citando palabras de la Escritura, dando respuestas breves y concisas o callando sin dar respuesta, para escapar así al mismo tiempo a las trampas de su juez y a los dulces lazos familiares, se vió claro que el mártir pretendía guardarse de su propia flaqueza y, como dice el cronista, también se notaba que tenía prisa en que se cumpliera en él cuanto antes la entrega de su vida por amor a Dios.

### **CRISTIANOS, ¿FIELES O INFIELES?**

Los cristianos verdaderos saben que con bastante frecuencia -hoy, como en otros siglos- van a verse ante esta sencilla alternativa: o dan testimonio de Cristo con sus palabras y sus obras, como mártires suyos ante los hombres, o desfallecen en la prueba y, renegando del Salvador, vienen a ser así caídos, vencidos, cristianos infieles.

De esta visión de fe firme y verdadera es de donde viene a los mártires de cualquier condición -soldados, nobles, obispos, madres de familia, niños el valor para enfrentarse con los tribunales, afirmando sin vacilar unas palabras de vida que les van a ocasionar la muerte. Pero ese valor martirial no puede proceder en modo alguno de una fe falsificada, según la cual tantos cristianos de hoy estiman que un deber absoluto de los discípulos de Jesús en este mundo es «conservar la propia vida» -la personal y la comunitaria de la Iglesia-, evitando como sea marginaciones, desprecios y persecuciones del mundo. Cuando se parte de esta convicción, los padres de familia permiten a sus hijos y se autorizan a sí mismos cualquier cosa que venga exigida por el mundo bajo pena de «excomunicación» social; los catequistas y los teólogos no se atreven a transmitir a los hombres -¡ni siquiera a los cristianos!- aquellas verdades que más chocan con la mentalidad del mundo actual -necesidad de los sacramentos, posi-

bilidad real de Cielo o Infierno, castidad juvenil y conyugal, etc.-; y los obispos estiman prudente no eliminar eficazmente de su Iglesia local ciertas herejías y sacrilegios, con tal de evitar graves persecuciones de aquellos grupos o medios de comunicación más agresivos del mundo -o de la misma Iglesia-.

Hemos leído los testimonios impresionantes de los mártires antiguos. ¿Significa eso que aquellos cristianos heroicos -un soldado analfabeto, una niña de doce años, un obispo viejo y enfermo, etc.- tenían ante la persecución una voluntad más fuerte que la que hoy muestran tantos padres de familia, teólogos o pastores? Sí: tenían, sin duda, una voluntad más firme; pero antes y sobre todo tenían un entendimiento muy diverso al hoy generalizado en muchos ambientes de la Iglesia Católica.

Simplemente, estaban convencidos de que no es posible seguir a Cristo en este mundo si no se acepta tomar la cruz un día y otro, hasta la muerte. Esta era entre ellos una verdad de fe que bien podía ser considerada como de «cultura general». Hoy son demasiados los bautizados en Cristo que la ignoran o que la niegan.

La Iglesia martirial, centrada en la Cruz, «confiesa a Cristo» en el mundo, y por eso es fuerte y alegre, clara y firme, unida y fecunda, altamente apostólica y expansiva. La Iglesia no martirial, que se avergüenza de la Cruz, que trata de evitarla como sea, es débil y triste, oscura y ambigua, dividida, estéril y en disminución continua. «No confiesa a Cristo» ante los hombres, a no ser en aquellas verdades que no produzcan persecución.

Volvamos a recordar el ejemplo de los mártires. San Esteban fue apedreado: fue mártir, porque predicó el Evangelio a los judíos. No podrá negarse que ésa es una misión ciertamente querida por Dios, entonces y ahora; pero tampoco se podrá ignorar que cumplirla resulta, entonces y ahora, extremadamente peligroso. No hubiera muerto mártir Esteban si, discretamente, se hubiera limitado como diácono a practicar sus ministerios litúrgicos y a ejercitar la caridad eclesial con los pobres.

Que la luz del Espíritu Santo nos guíe para seguir a Nuestro Señor por el camino difícil y auténtico de la Fe contra todas las tentaciones, fieles siempre hasta la hora de la muerte, en la que Él será nuestro eterno consuelo y salvación.

NOTA  
48

# KEMPIS

## Imitación de Cristo

*La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.*

NOTA: En el número anterior, en esta sección, se publicó: **Capítulo 10. Continuación**, cuando en realidad correspondía: **Capítulo 8. Continuación**.

### CAPÍTULO 9

#### La privación de todo consuelo.

#### Heroico es carecer del consuelo de Dios.

1. No es difícil despreciar los consuelos humanos cuando gozamos de los divinos.
2. En cambio, es gran cosa, y por cierto muy grande, poder carecer de todo consuelo, por amor a Dios, y sufrir con agrado ese destierro del corazón, y en ningún caso buscarse a sí mismo ni calcular los propios méritos.
3. ¿Qué tiene de extraordinario sentirse alegre y devoto bajo el efecto de la gracia? Esta hora todo el mundo la desea. Suavemente camina, en verdad, aquel a quien lo empuja la gracia de Dios.
4. ¿Qué mérito tiene que no sienta el peso de su miseria aquel que es llevado en alas del Omnipotente y va conducido por el soberano Guía?
5. Con gusto nos abrazamos a aquello que nos brinda algún consuelo y a duras penas se despoja el hombre de sí mismo.
6. El mártir San Lorenzo triunfó del mundo y del afecto que profesaba a su obispo, porque despreció todo lo que en el mundo le parecía deleitable; e incluso llevó con serenidad, por amor a Cristo, el verse separado de Sixto, el sumo sacerdote de Dios, a quien él amaba entrañablemente.
7. Así, por amor del Creador, Lorenzo venció al amor de la criatura, y prefirió el divino favor a la consolación humana.
8. De igual manera, aprende tú a dejar algún pariente o amigo querido por amor de Dios. Y no te parezca mal que tu amigo te abandone, sabiendo que al fin todos sin excepción debemos separarnos los unos de los otros.

#### A mayor don, mayor humildad.

9. Conviene que luche el hombre enérgicamente y por mucho tiempo consigo mismo, antes que logre vencerse plenamente y sepa entregar a Dios todo su afecto.
10. Cuando el hombre se apoya en sí mismo, con facilidad corre en busca de los consuelos humanos.
11. Mas el que ama de veras a Cristo y es celoso imitador de sus virtudes. no se deja seducir por tales consolaciones, ni anhela esas dulzuras sensibles, sino que desea sufrir grandes pruebas y enfrentar por Cristo duros trabajos.

*Continuará*

## Comedor familiar Santa Filomena

Almuerzos diarios para familias carenciadas

**INSCRIPCIÓN:**

Diariamente de 9 a 11 Hs.

Santuario de Jesús Misericordioso  
153 entre 27 y 28 - Berazategui

**Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...**



**... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...**

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

**Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)**

Visite el

## **"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"**

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui  
Pcia. de Bs. As.**

**Horario de visitas y atención:  
Todos los días de 9:00 a 11:00 y  
de 14:00 a 16:00hs**

**INFORMES:**

**DIRECCIÓN POSTAL:**

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

**WEBSITE:** [www.santuario.com.ar](http://www.santuario.com.ar)

**E-MAIL:** [fundacion@santuario.com.ar](mailto:fundacion@santuario.com.ar)

### **ESPECIAL PARA CATEQUISTAS**

#### **59 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD**

La familia no debe esperar el último momento, cuando el enfermo ya está moribundo, para llamar al sacerdote. Por eso ya no se prefiere llamar a este sacramento como se lo llamaba antes, con el nombre de «Extramaunción», para que no pensemos que se trata de un sacramento reservado a los que ya no tienen más esperanza de vivir. De ninguna manera: es para los enfermos de cierta gravedad.

El Demonio, que sabe los beneficios inmensos que aporta al enfermo este sacramento, sugiere falsas razones para que los familiares no llamen a tiempo al sacerdote.

Una de esas falsa razones es: «el enfermo se va a asustar». Es una gran mentira, invento del «padre de la mentira» (San Juan 8, 44); muy por el contrario, el enfermo encuentra paz y alivio. ¡Cuántos sufren mucho en atroz agonía y sólo se pacifican cuando llega el sacerdote! ¡Señal de que lo estaban esperando! Y si llegasen a asustarse -cosa que no ocurre- es preferible ir al Cielo, un poco asustado, y no condenarse en el Infierno, por toda la eternidad, sin susto.

• La Unción de los Enfermos perdona los pecados y ayuda al enfermo a unirse a Jesús en el dolor.

Este sacramento es «grande a la verdad y muy apetecible misterio, por el que, si se pide con fe, se perdonan los pecados, y consiguientemente se restituye la salud corporal...» (San León IV, Papa).

#### **VI) Orden Sagrado**

¿Quiénes son los que administran, generalmente, los sacramentos? ¿Quiénes bautizan, confiesan, celebran la Santa Misa, ungen a los enfermos, presiden los matrimonios, predicán la palabra de Dios? Los obispos y los sacerdotes. Y ¿cómo hace llegar Jesús hasta ellos los poderes necesarios para que actúen en su nombre y obren con su autoridad? Por medio del

sacramento del Orden. Además, este sacramento les da la gracia de estado, es decir, que los habilita para que desempeñen santamente las pesadas tareas del ministerio sacerdotal, venzan todos los peligros y tentaciones, y sean fieles a las promesas hechas a Dios.

• Por el Sacramento del Orden Sagrado, Jesús consagra a los Obispos, Sacerdotes y Diáconos para que prediquen a los hombres la Palabra de Dios, les comuniquen la Gracia Divina y los guíen en calidad de pastores.

La materia de este sacramento es la imposición de manos: «los constituyeron presbíteros (sacerdotes) en cada iglesia por la imposición de manos» (Hechos 14, 23). Desde los Apóstoles hasta los actuales Obispos y Sacerdotes una cadena ininterrumpida de Pastores, por medio de la imposición de manos, ha hecho llegar hasta nuestros días los poderes mismos de Cristo. De tal manera que si se apareciera Nuestro Señor Jesucristo resucitado y se pusiese a confesar juntamente con otros sacerdotes, tanto perdonarían los pecados estos últimos como el mismo Señor en persona, porque los sacerdotes perdonan en persona de Cristo, o sea, en su nombre y con su poder.

Y si celebrase la Santa Misa el mismo Cristo rodeado de todos los Obispos y Cardenales, con gran pompa y ornato, con todo el esplendor del canto y de la música sagrada, y por otro lado en un campo de concentración, sólo y abandonado, ignorado de todos, un sacerdote celebrase a su vez la Santa Misa, con unas migas de pan y un poco de vino puesto en un recipiente cualquiera sin ornamentos y a escondidas para que no lo vean sus verdugos, tanto valor tendría, en lo esencial, una Misa como otra, porque ambas son renovación del único Sacrificio de Cristo y ambas tendrían, por lo tanto, un valor infinito.

*Continuará*